

Box Spring.

Seudónimo: **Chocolate**

Pedro despertó a las ocho, por la cortina entraba luz, miró a su izquierda y la almohada estaba Intocada. Hacía una semana que Raquel se había ido.

Dieciocho meses de convivencia habían terminado en forma abrupta cuando ella decidió arrendar un departamentito, en un edificio de la calle Noruega. En Twitter anunció el término de su compromiso y un indicio de su cambio de dirección.

¿Un compromiso se conviene, o surge de manera natural? El nunca convino nada con Raquel. Ella se quedó el 14 de abril, cuando le dijo:

—¿Sabes, Peter?, estoy muy triste.

Raquel era la novia de Sebastián, el hermano de Ernesto su compañero de universidad. Un par de años antes le había pedido ayuda para pintar un lienzo.

—¿Me ayudas Peter? —le preguntó.

—¡Gracias Peter! —le dijo al terminar, y después lo siguió llamado así.

Raquel confidencio estar triste y pidió que le tomara el peso a su tristeza.

—Estoy muy, muy ... — le dijo —por eso no quiero dormir sola ..., ¿puedo?

Ella enuncia a medias lo que quiere y pone cara compungida. Pedro levantó los hombros y le dijo: —¡Quédate!

Raquel había llegado de improviso, sola y tarde, de noche. Estacionó en el aparcadero de visitas y antes de contar lo “triste que estaba” le dijo que Sebastián había postulado a una beca en una universidad de Bélgica y que lo habían aceptado. Aquí Raquel se calló y Pedro aprovechó para decir que se alegraba por Sebastián y ella hizo puchereros, sin duda auténticos, ella también los hace fingidos,

y explicó que le había pedido ir juntos. Hizo otro cuando agregó:

—Sebastián primero me dijo que sí y después que no.

—¿Por qué? —preguntó Peter.

—Lovaina es una universidad católica y tú eres judía, me contestó, y no puedo creer que a esa universidad le importe que la pareja de uno de sus alumnos sea judía, me resulta absurdo, es una explicación para terminar la relación -dijo Raquel, agregando —¡Dame algo!, algo con alcohol!

Pedro, o si se quiere Peter, sirvió ron en dos vasitos y a esa altura pensaba que haberle dicho: ¡Quédate!, había sido irreflexivo. Ella vinculaba su tristeza con que no podía dormir sola y eso marcaba un límite, aunque el entendido de dormir era muy amplio.

El departamento era un estudio y oculto por un mueble biblioteca se encontraba un Box Spring, por suerte tan amplio como el entendido. Y ella lo palpó.

—¡Es muy alto!— dijo y volvió a aplastarlo. —Y es muy blando—, añadió.

Pedro pensó en un arrepentimiento y era solo un comentario. El reloj indicaba medianoche y todo parecía estar dicho, o ni él ni ella querían seguir conversando, cuando Raquel, al comenzar a desnudarse cayó en cuenta de que no tenía pijama.

—No traje nada— advirtió.

Le ordenó que no la mirara. Por el ruido se dio cuenta que abría un cajón y resultó ser bastante lista ya que eligió una camisa, la única de marca, y se la puso. Peter, enderezó la cabeza y tuvo que reconocer que le quedaba bien. Le sobraban mangas y se veía graciosa.

Seudónimo: **Chocolate**

Raquel levantó el cobertor con la sábana, se acostó y Pedro le tomó el peso a lo que estaba sucediendo. Entre el llamado al conserje para que la dejara estacionar, el relato sobre la beca de Sebastián, y los vasitos de ron, debió haber sido una hora, y Pedro sintió que todo sucedía muy rápido.

Por su cabeza pasó la idea de qué si se acostaba de inmediato ella le preguntaría si se había olvidado de que tenía un sofá, pero se tranquilizó cuando descansando sus cabezas en las almohadas, ella sugirió apagar la luz. Sólo dijo, ¡la luz! No era querer más luz y Pedro estiró el brazo al velador. No tenía idea de cómo sería esa noche. Si ella se dormía la situación sería menos tensa. Fijó su vista en el bulto de Raquel, distinguió el cabello, la frente y al llegar a los ojos se dio cuenta que el par de brillos que lo perforaban eran sus pupilas.

Recordó cómo y porque la conocía. Los padres de Raquel vivían en Puerto Montt y ella, estudiante de psicología, arrendaba una habitación en la casa de una familia santiaguina, y la convivencia con Sebastián eran los fines de semanas en una cabaña en El Tabo. Sebastián era mellizo con Ernesto Illanes, su compañero en ingeniería, y todos se conocieron cuando este último lo invitó a ese balneario.

Sebastián anunció la idea de ir al Quisco a bailar, después que ella le cuchicheara al oído y se pusiera tacos altos. Pedro, inquieto, observó que sus caderas se elevaban. Invitado a un cumpleaños de Raquel, compró una flor envuelta en celofán desde la ventanilla del Susuky de su amigo Ernesto y ella recibió el regalo con una sonrisa entre irónica y coqueta.

Era increíble, inimaginable, que la misma Raquel, a quien conocía como

Seudónimo: **Chocolate**

novia de Sebastián, hermano de su amigo Ernesto, estuviera allí en su Box Spring.

Ella y Sebastián tenían ideas de Izquierda y su hermano Ernesto presumía con pensamientos conservadores. Una tarde Raquel les pidió ayuda para pintar un lienzo alusivo a una elección en su facultad, y Ernesto, airado, le preguntó si estaba loca. Raquel no se inmutó. —¿Y tú, Peter? — y este se quedó quieto, mirando la tela. Se interpretó como aceptación y Ernesto le dijo: ¡Quédate, estúpido! —y se fue. Trabajaron dos horas y al término lo miró, cariñosa. ¡Tú me gustas! —exclamó convencida —¡Más que Ernesto!, aclaró.

Después del ¡tú me gustas!, pasaron cuatro años, terminaron sus carreras, trabajaban o buscaban becas para una maestría, o doctorarse, y eran del grupo de amigos que un encuentro en la calle derivaba a un café cercano para ponerse al día.

A veinte centímetros de Raquel, Peter se sentía tenso, con sus manos recogidas en el pecho. Si estiraba el brazo podría tocarla, pero no sabía qué hacer luego de tocar si el problema de la mujer era tristeza y nada más.

Pedro se acostumbró a ese tipo de colchón después de pasar cuatro meses cursando un seminario en Ciudad de México. Su verdadera graduación en sexo fue con una muchacha del servicio, en la residencia para estudiantes extranjeros del seminario. Un día, atardeciendo, le preguntó dónde comer buenos tacos y ella inició una explicación confusa, que aclaró al cambiar su tono de voz.

—A poco te acompaño —le dijo de manera graciosa.

Al día siguiente repitieron la aventura y al tercero ella lo invitó a su casa, en un barrio pobre, a comer tacos que cocinaba su madre. Cuando el rito se volvió a

Seudónimo: **Chocolate**

repetir ella le preguntó si eran novios, y él dijo que no. Pero ella se rio explicando que lo decía en broma, que lo que quería con él era que la cogiera.

—¡Eso quiero! —le dijo, y ayudada con sus brazos sacudió sus pechos.

Después levantó talones, se aproximó, y lo besó en la boca. Cogieron en la pieza de la residencia después que la muchacha logró que asumiera la condición de novio con confianza. Al principio le incomodó el término, pero era un noviazgo acotado, y por tres meses la cogió antes de dormir y al despertar. Se habituó a la muchacha y si ella se lo hubiera pedido se habría quedado a vivir en esa ciudad, en ese país, y la madre con sus tacos habría sido su suegra de verdad.

Pero la muchacha no pidió nada y al dejarlo en el aeropuerto se veía sonriente, feliz. Durante el vuelo sintió pena, luego se sobrepuso y al aterrizar en Santiago pensó que todo había sido como debía ser. Pensándolo, ahora, Raquel, con veinticinco años era diferente a la mejicana de veintiuno. Raquel, psicóloga, trabajaba como orientadora en la universidad y la muchacha aseaba en una residencia estudiantil. Raquel podía hablar sobre cualquier tema y la muchacha hablaba poco y se reía mucho. Por último, Raquel podía estar triste y por eso estaba acostada en el Box Spring. La muchacha no sabía de tristeza y se acostaba en una cama para coger.

Al recordarla casi olvida estar a veinte centímetros de Raquel, cubiertos por la sábana por suerte limpia. Pensativo, concluyó que la situación se debía al egoísmo de Sebastián. Al tener la oportunidad de viajar a Europa quiso disfrutarla solo y eso enojó a Raquel. Ella confundía enojo con tristeza y buscó con quien

resolver ambos sentimientos. Encogido, pensó que triste o enojada era bueno que ella estuviera allí, apreciando su calor, que emanaba tibio, suave.

Pensó en dormir, pero necesitaba que ella también lo hiciera. Afinaría el oído, atento al aire que inspira, al aire que exhala. Quería extender su mano, tocarla, pero no se atrevía hacerlo. Soltó los músculos de sus brazos, de sus piernas, de su vientre, y cuando el cuerpo a su lado se movió y a su oído llegó la voz de Raquel.

—Sigo triste, tienes que abrazarme.

Peter se acordó de la muchacha mexicana, acercó su cuerpo y lo hizo.

Corolario:

De haber sido adicto al ciberespacio Pedro, ¿o Peter?, se habría enterado que Sebastián mantenía su twitter al día y que el mes anterior había informado su anticipado regreso de Lovaina. Junto con un par de adjetivos peyorativos sobre los belgas, agregaba que esperaba ansioso recuperar su antigua vida.